

Moustapha Mbacké Diop (2023): «Chemins ténébreux». *Omenana*, 25¹

Rocío Anguiano Pérez
Traductora independiente 

<https://dx.doi.org/10.5209/afri.102730>



En África, la literatura de ciencia ficción ha experimentado en las últimas décadas un fuerte impulso, que se refleja no solo en la rica y variada producción de obras, sino también en la diversidad de medios creados para difundirlas, especialmente en el ámbito de las publicaciones digitales. Así, en la actualidad, son muchos los autores que se sirven del género, en todas sus expresiones, para explorar el imaginario africano y presentar su propia visión del futuro, mediante creaciones que, en general, destacan por su calidad y la originalidad de sus planteamientos.

Aunque el idioma predominante en este ámbito es el inglés, también existe una interesante narrativa en francés, que presenta rasgos propios y cuenta con figuras tan relevantes como Moustapha Mbacké Diop, uno de los escritores de ciencia ficción más prometedores del espacio francófono. Este joven, nacido en Senegal y residente en Dakar, cuenta, a sus 26 años, con una larga trayectoria a sus espaldas, donde no solo se incluyen los libros *Insidieux venin* (2018), *Mystérieux larcin* (2019) y *Pernicieux destin* (2019), que juntos conforman la trilogía Teranga Chronicles, sino también toda una serie de relatos breves publicados en diversas recopilaciones o en algunas de las revistas más prestigiosas del género, como es el caso de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction* o de *Haven Speculative*, donde se difundió el texto «Blackwater Children», que quedó finalista en los premios Nommo de 2024. En todas estas obras, se percibe la influencia de las leyendas, fábulas y creencias propias del entorno en el que el autor se crió, así como el afán por reivindicar las relaciones con los espíritus, los antepasados y los saberes ocultos, pero también se aprecia una gran preocupación por pensar los problemas del presente con el fin de provocar cambios que reviertan en el futuro. De hecho, uno de sus últimos trabajos verá la luz en la antología *Sauuti Terrors: The Dark Side*, editada por el colectivo Sauuti, que ha creado un inquietante universo donde convergen la magia y la realidad para ofrecer visiones del futuro profundamente arraigadas en el presente y el pasado de África.

Este es el caso de la historia que presentamos a continuación, «Chemins ténébreux», publicada, en el número 25 de la revista *Omenana*, una de las publicaciones más influyentes del género, que fue creada en el año 2014 por Chinelo Onwualu y Mazi Nwonwu con la intención de dar a conocer la ciencia ficción africana, tanto del continente como de su diáspora. Desde entonces, ha editado 35 volúmenes y ha dado voz a cientos de autores, algunos ya consagrados, pero, en su mayoría, nuevos talentos, muchos de los cuales han alcanzado después un merecido prestigio.

Caminos tenebrosos

Traducción de Rocío Anguiano Pérez

Me aislé del exterior y vacié la mente, tratando de permanecer inmóvil como un cadáver, antes de sumergirme en lo Invisible.

No era tan fácil como parecía navegar en las aguas lúgubres, siempre agitadas, de la dimensión de los *djinns*. Allí reinaba un calor insólito; muros de sombras cambiantes rodearon mi piel sudorosa. Me aventuraba, una vez más, en las entrañas del infierno: una experiencia a la que no me acostumbraré nunca.

¹ El relato en francés está a disposición de los lectores en la siguiente URL: <https://omenana.com/2023/03/31/chemins-tenebreux-moustapha-mbacke-diop/>. Por su parte, la traducción se ha llevado a cabo con la autorización expresa del autor, Moustapha Mbacké Diop, al que quiero dar sinceramente las gracias por haber tenido la amabilidad de revisar el texto traducido y por sus explicaciones, comentarios y sugerencias, que han sido de gran ayuda para la elaboración de este trabajo.

Lo Invisible era tan engañoso y caprichoso como los espíritus que lo habitaban. Peligroso, también, ya que me resultaba más difícil no llamar su atención.

Al fin y al cabo, yo era uno de los pocos humanos capaces de llegar hasta allí por voluntad propia.

— ¿Qué? ¿Lo has encontrado?

Salí bruscamente de la dimensión infernal. Mis oídos se inundaron de sangre mientras regresaba violentamente a mi cuerpo. Aturdido y enojado, fulminé con la mirada a mi hermano gemelo.

— ¿Cuántas veces te he dicho que no me molestes cuando debo adentrarme allí? ¡Acabas de echar por tierra mi concentración!

— Se me hacía largo y parecías pálido...

Mansur me miró afligido mientras deslizaba sus rastas plateadas detrás de la oreja. A nuestro alrededor, la noche era silenciosa, sin murmullos ni gritos de criaturas nocturnas. Por el suelo irregular crecía la hierba recubierta de un polvo rojo, tan ligero como un plumón. Estaba apoyado en el viejo Jeep blanco y con desconchones que compartíamos y me observaba. Su mandíbula se mantenía tensa, sus dedos a unos cuantos centímetros de mi muslo, mientras yo estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el capó. Se le veía intranquilo, tan sobreprotector como siempre, algo que yo odiaba.

— Escucha, sé lo que hago. No te preocupes por mí.

— Es solo... Este caso no es como los otros. Eso me inquieta.

Se le escapó un suspiro. Su aprensión era compartida, aunque yo no podía admitirlo. Esa noche estábamos en Bargny, de donde nos habían llegado noticias de niños desaparecidos. Curiosamente, esos niños siempre regresaban tras unos días de ausencia, pero había algo en ellos que no iba bien. Llegaban negros de suciedad, sin ningún recuerdo de su escapada. Pozos de terror dilataban sus pupilas, restos de un trauma desconocido. Algunos habían perdido la palabra, otros la razón.

— La gente de aquí es perfectamente capaz de resolver sus problemas de orden místico, añadió Mansur, haciéndose eco de mis propios pensamientos. Lo que les sucede a esos niños es sobrenatural, lo sabemos, pero con sus *tuur*, una posesión por parte de un djinn no supera sus facultades. Piénsalo, Momar. ¿Qué les ha hecho estar tan desesperados como para llamarlos?

Se frotó la nuca, mientras que sus ojos grises buscaban en los míos respuestas que no podía darle.

— Da igual cuál sea el origen de esos secuestros, acabaremos con él, respondí con una seguridad fingida. No han llamado al mejor zahorí del lugar para nada ¿no? Y tú no te defiendes mal como escolta.

Mansur me sacó la lengua, se dio la vuelta y, en un torbellino de luz blanca, se transformó en un león con las crines plateadas, casi tan alto como el coche. El joven veinteañero, esbelto y del color de la noche, se había convertido en un felino de pelaje inmaculado. Al igual que nuestros padres, Mansur tenía el don de metamorfosearse en león. De ese modo, se había unido a la legión que combatía a los djinns: esos espíritus de fuego, para muchos malignos, se dedicaban a sembrar el mal y el terror entre los humanos. Yo no era metamorfo, no. Era el patito feo, dirían algunos, pero estaba junto a mi familia, codo con codo, en esta lucha.

Yo era, como le gustaba decir a mi madre, su mejor arma.

El león restregó su cabeza en el hueco de mi rodilla y, a pesar mío, consiguió arrancarme una sonrisa. Su cola golpeó mis dedos descalzos mientras gruñía, girando a mi alrededor y con la mirada alerta.

— Silencio, ahora, dije cerrando los ojos, e intenté volver a ese estado de trance que tan bien conocía. Siempre me costaba acceder a esa dimensión, a pesar de las horas de entrenamiento, en profunda meditación. Era difícil asir ese hilo de locura entre las manos y tirar de él con el fin de deshacer el velo que me separaba de lo Invisible. Era tan fácil perderse en esa locura para cualquiera que no fuera capaz de mantener la sangre fría ante la vista de los monstruos que allí dormitaban.

Calor y oscuridad inundaron mis sentidos. Allí estaba, por fin. Navegaba en las aguas ardientes a la búsqueda de un culpable desconocido. No debía importunar al demonio equivocado y ese riesgo me ponía más nervioso de lo que aparentaba.

Concentré y proyecté esos mismos sentimientos de inquietud, de malestar, a través de dedos invisibles. Como un zahorí, los dirigí a través de la oscuridad y fue justo en ese momento cuando, por fin, encontré lo que buscaba.

Esa tarde, sin ni siquiera intercambiar una palabra, mi hermano y yo nos habíamos percatado de algo. Estábamos ante un enemigo nuevo, diferente de los djinns a los que nosotros o nuestros padres nos habíamos enfrentado. Mansur había ido a ver a los niños que habían regresado con la intención de rastrear el olor de lo que les había secuestrado. Yo también los había visitado, mis dedos sobre sus cuerpos febriles buscando un rastro de energía. Sin éxito alguno.

Sin embargo, estaba claro que este enemigo no debería andar bajo nuestros cielos, era un ser desfasado, de naturaleza distinta a lo que conocíamos.

Fue esta fisura, ese defecto en la simetría de las cosas lo que me iba a permitir seguirle la pista.

O quizás, susurró una voz mezquina en mi cabeza, *quiere que lo encuentres...*

Salí del trance sin aliento, como un ahogado fuera del agua, y me agarré al cuello del león. Intercambiamos una mirada —sus ojos plateados escrutando mis ojos marrones. A través de ese vínculo que nos unía, dos fragmentos de la misma alma, le indiqué el rastro que había encontrado y él me prestó su velocidad sobrehumana.

Su voz sombría resonó en mi mente. *Lo tengo.*

Así empezó la persecución.

La última niña que habíamos visto, unos días antes, era la que más me había impresionado. Tendría unos siete años y era tan frágil como una ramita. Solo había desaparecido una noche; sin embargo, una huella inmunda impregnaba su aura. Sus ojos eran de un negro intenso, demasiado grandes para su cara. Tene-

brochos. Tras haberla encontrado, deambulando por un callejón polvoriento y repleto de basura, sus padres habían visto horrorizados que había empezado a devorar insectos. Cucarachas, saltamontes escurridizos e incluso esas enormes moscas con el cuerpo azulado que volaban perezosamente en las horas de calor, todos acaban en su boca hambrienta. La niña siempre quería más, víctima de un apetito insaciable. Cuando pasé mis manos a unos milímetros de su piel, buscando la fuente de esa inmundicia, la sonrisa vacía y retorcida que me lanzó me heló hasta el alma.

Creía que nunca volvería a estar tan horrorizado. Pero cuando dimos con el espíritu que había contaminado a los niños de Bargny, el mundo entero dejó de tener sentido.

En realidad, siempre había estado cerca. Habíamos salido del bosque y habíamos atravesado la carretera nacional, alejándonos de las casas somnolientas. Habíamos seguido, sin dejar de correr, por el camino de Yenne. El rastro nos llevaba cerca de la nueva central eléctrica, cuyos límites y residuos se acercaban peligrosamente a otra zona habitada de la ciudad. Corríamos en silencio, evitando los faros escrutadores de los escasos camiones que circulaban a esa hora.

El espíritu no se había tomado la molestia de esconderse. Me costaba recobrar el aliento, extenuado por esta desenfrenada carrera pegado a los talones de un metamorfo, pero hice lo que pude por acercarme en silencio a la silueta oscura.

Pesadas nubes, de un gris sucio, ocultaron la luz de la luna. Estaba parado cerca de un pequeño canal, por el que circulaba una agua negra y espesa. Tuve que entrecerrar los ojos para discernir sus contornos, sin conseguirlo. A mi sofoco se sumó esa sensación de vértigo, que me invadió. Mi vista e, incluso, el resto de mis sentidos me traicionaron hasta el punto de que tuve que aferrarme al hombro de mi hermano gemelo para no perder el equilibrio. Este se había parado al mismo tiempo que yo, pero había perdido ya el ligero rastro que habíamos estado siguiendo.

Una peste a agua estancada y a desechos acres me golpeó en la nariz. El olor empeoró a medida que el espíritu parecía venir a nuestro encuentro, aunque yo habría jurado que no se había movido ni un ápice. Mansur, que no conseguía controlar su ansiedad, estornudó y sacudió sus crines. Yo tuve, incluso, que situarme en el límite de lo Invisible para intentar ver mejor a nuestro enemigo.

Y lo vi.

Sus ojos me desequilibraron. Tenían la forma de los de un carnero, pero sus pupilas eran más largas que anchas, completamente negras. Estaban horadados en un rostro oblongo, casi humano, de labios finos y desprovistos de expresión. Su cuerpo era el de un león...

Sacudí la cabeza, su olor se me pegaba a la garganta y me escocían los ojos. No, su cuerpo era la caricatura del de un león, desmesurado, con articulaciones nudosas y una piel lisa en lugar de crines.

Mansur se tambaleó sobre sus fuertes patas. Yo estuve a punto de ya no ver al espíritu, a pesar de que nunca había desaparecido. Su pelaje rezumaba esa agua negra y pestilente. Sus ojos, sin embargo, estaban clavados en mí, hambrientos y rebosantes de sentimientos tan extraños. Una mirada idéntica a la de la pequeña devoradora de insectos, pensé.

Me había quedado sin palabras. Me encontraba frente a frente con un ser de pesadilla. Ni totalmente djinn, ni humano.

Era algo distinto.

No veo nada.

La voz de Mansur no atravesó la bruma que envolvía mi espíritu. Al contrario, era como si viniera de muy lejos, pero su malestar se hacía eco del mío. *Vamos a buscar a otra parte. Este sitio no está hecho para nosotros...*

Apreté su hombro aún más fuerte. Si hubiera tenido unas garras como las suyas, le habrían traspasado la piel y lo habrían inmovilizado como pretendía. Porque desde que vislumbró lo que yo estaba viendo, Mansur estuvo listo para saltar.

¡No!

Ante el impacto de la urgencia que reflejaba mi voz, Mansur recobró la forma humana. Una túnica blanca, que le llegaba a los tobillos, había remplazado a su pelaje. Lo agarré por el codo y señalé con el mentón al espíritu antes de responder a su pregunta no formulada.

— Mira el suelo a su alrededor.

El espíritu se hallaba sobre lo que había sido un lecho de malas hierbas, tan robustas que habían atravesado, no sin esfuerzo, un suelo tan contaminado. Lo que antes era verde y persistente se había marchitado; era como si las hojas se hubieran diluido en ese líquido oscuro y espeso que empezaba a aterrorizarme. Mansur se estremeció de asco, al llegar, sin duda, a las mismas conclusiones que yo.

— Todo su ser es puro veneno, susurró Mansur. El espíritu seguía observándome mientras una alegría malsana emanaba de su aura. En lugar de lanzarse a la ofensiva, había optado por esperar un brusco ataque. Ahora, se había vuelto más tangible. Sabía que le hubiera gustado que mi hermano plantara sus colmillos en su carne, si es que tenía carne, y habría estado encantado de haber vencido a un metamorfo sin mover un dedo. El veneno habría devorado a Mansur desde dentro.

— No puedo enfrentarme a él como a cualquier otro djinn. Pero tú tampoco puedes tocarlo, añadió, refiriéndose a mis dones.

Una mezcla de frustración y de miedo inconfesable me oprimía la garganta. Ningún adiestramiento nos había preparado para una situación así, ante un enemigo que corrompía el aire, la *materia* a su alrededor. Mansur era un luchador excepcional y, al margen de los hechizos comunes que yo podía urdir, mi don máspreciado era el de Receptáculo: al tocar a cualquier criatura mágica, podía absorber sus poderes y hacerlos míos, aunque solo fuera un momento.

Sin embargo, este espíritu me observaba con una expectación febril, esperando que lo tocara o que lo atacara. Los tres sabíamos que un contacto con su aura sería fatal para mí.

Me estremecí al ver que la criatura se aproximaba todavía más a nosotros. En un acto de bravuconería estúpido, Mansur intentó interponerse entre ella y yo, pero lo aparté. La dejé acercarse, su hocico casi llegó a rozar el mío cuando se alzó sobre sus patas traseras. De tan cerca, su pestilencia me arrancó las lágrimas.

Mi hermano, tan aterrorizado como yo, intentó alejarme de la criatura. No dejé que mi miedo ni el olor a muerte y corrupción me distrajeran. Tenía que mirarlo de frente, impregnarme de su hedor y de sus facciones obscenas para poder entender su naturaleza.

Esta cosa no debería existir, pensé, aunque en realidad me dirigía a mi gemelo.

Por mi mente desfiló el paisaje que habíamos recorrido a lo largo de nuestra frenética carrera a través de Bargny. Antes, la ciudad había sido bella, alimentada y purificada por la brisa, con sus habitantes viviendo en equilibrio con la naturaleza y sus criaturas. Solo habían hecho falta unos años, después de que varias fábricas se instalaran allí o sobrepasaran sus límites, para que todo volará en pedazos.

Las nubes de humo acre ocultaban los astros celestes, la polución rampante ennegrecía la vegetación y las aguas, que, sin duda, habían diezmado animales y plantas. Esas miasmas expulsaban a los habitantes de sus refugios ancestrales. Los llevaban a retroceder y a ceder terreno a la industria mientras esta les quitaba el pescado y la dicha de la boca.

Este espíritu era el resultado. Quizá, en su origen, había sido humano, animal o djinn, no lo sabía. Pero esas emanaciones de ira, de dominio de la industria sobre lo que había sido puro, habían enturbiado la naturaleza. Esa misma sed de corrupción seguramente había llevado al espíritu a contaminar a los niños de Bargny. Ya no se conformaba con esa existencia injustificada; necesitaba expandir el mal.

Y teníamos que ponerle fin.

Dame tu fuerza, hermano, dije sin pronunciar una palabra y sin desviar la mirada de la cosa, que había empezado a agitarse.

Mansur no se lo pensó. Deslizó su mano en la mía y la apretó con toda la confianza que podía transmitirme. Yo había sido temerario siempre, pero sentir que mi otra mitad estaba presente a mi lado y que me entregaba ciegamente todo su ser, fue lo único que me llevó a poner en práctica mi idea más descabellada.

Profundicé en nuestros lazos comunes y la energía inmaculada me respondió con fuerza. Los dos quedamos envueltos en un halo tan intenso que hizo retroceder al espíritu varios metros; y eso lo enfureció.

Con un grito tan estridente como el acero contra el cristal, la cosa se dejó de juegos y se arrojó sobre nosotros.

Aunque éramos hijos de padres metamorfos, nuestra tatarabuela paterna había sido djinn. Un ser cruel, según nuestros padres, cuyas únicas preocupaciones habían sido la sed de poder y las artimañas. La Negra incluso habría desafiado a la muerte para hacer daño a su descendencia y la sola mención de su nombre ensombrecía la mirada de mi padre.

Esa noche, escruté mi propia aura a la búsqueda de su herencia de sangre. Escarbé de forma desenfrenada, imaginándome las alas negras y la mirada escarlata de mi antepasada, mientras los efluvios que impregnaban el pelaje de la criatura traspasaban el haz de luz.

Una brizna de fuego sin humo rozó mis dedos, ardiente y fina contra mi piel. Era poco, pero la agarré como si mi vida dependiera de ello y di vida a la magia.

Decenas de dobles —reflejos idénticos de mi hermano y de mí— aparecieron por todo el claro. La temperatura subió, mientras que los dobles se arrojaban contra la criatura rugiente.

— Ilusiones, murmuró mi hermano, con un brillo de admiración en la mirada.

Los djinns se habían hecho dueños de la situación. Nuestros dobles, tan tangibles que parecían casi reales, me iban a servir de carne de cañón, al distraer a la criatura para que yo pudiera ejecutar mi verdadero plan.

— Todavía te necesito, susurré, ya casi sin aliento. Entre otros riesgos, me enfrentaba a la posibilidad de perder toda mi energía. Los dobles eran cada vez menos numerosos, abrasados por el contacto corrosivo de esa criatura.

Mansur asintió y cerró los ojos. Yo hice lo mismo y esta vez convoqué a la tierra.

Los huesos que durante siglos habían descansado bajo su manto aguzaron el oído. Sentí las raíces de los árboles que se asfixiaban bajo los desechos y el agua negra. La tierra estaba herida, aquí todavía más que en otras partes y yo tenía que dar voz a ese dolor. Justo cuando el espíritu reducía a los dobles que nos separaban de él, enarbólé ramas, aguas subterráneas y coronas de espinas en un cerco contra él.

Los elementos surgieron del suelo con fuerza y rodearon al espíritu. Estaban ahí para recordarle que él era una aberración, que la naturaleza se abría siempre un camino entre la corrupción. Creía en ello con todo mi ser y poco importaba lo que esa cosa me lanzara a la cara, mi confianza no iba a flaquear.

Cuando ya no pudo más, el espíritu intentó huir a través de lo Invisible —justo lo que yo había esperado disimuladamente. Aunque me fallaban las piernas, concentré todavía más energía en mi control sobre los elementos, porque, cuando las hileras de vegetación lo siguieron, los djinns también se despertaron.

Eran seres pequeños, unidos a los vestigios de tamarindo, de jojoba y de moringa que yo había liberado del suelo. En otros tiempos, cuando los saberes ancestrales todavía ardían en el corazón de los hombres, era a esos djinns de la naturaleza a los que ensalzaban los curanderos cuando pedían humildemente su autorización antes de arrancar la raíz, hoja o flor del árbol con fines medicinales. Ahora, sus orejas puntiagudas se agitaban, enmarcando rostros deformados por la rabia. Surgieron de rincones y recovecos de lo Invisible y sus ojos rojos brillaban a la vista de esa cosa que no debía existir.

Yo únicamente mantuve las ataduras de vegetación en el sitio, extasiado ante esos gritos de bestia degollada. La criatura se quedó indefensa frente a sus colmillos sedientos —ella era la encarnación de todo lo que había acabado lentamente con ellos, al contaminar la tierra que les había visto nacer. Centenares de djinns la despedazaron, puesto que había penetrado en su mundo, donde ya no tenía ningún poder. Eran el ejército de esa naturaleza que ella había oprimido y yo estuve a punto de perderme en su multitud, en su ira. Ante tanta furia, el veneno hasta entonces temible de la criatura se volvió insignificante y ella quedó reducida a un charco de lodo fétido que no se movió más.

Por medio de ellos, la propia naturaleza deshizo lo que nunca se debería haber hecho.

— ¿Momar?

Abrí los ojos y lo lamenté inmediatamente. Una migraña golpeaba mis sienes, como si se hubiera desencadenado un *sabar* dentro de mi cabeza, y tenía sangre en la nariz. Mansur se sintió tan aliviado al verme salir del trance que me dio un fuerte puñetazo en el hombro.

— Creía que te había perdido, viejo loco.

Sonreí a través del dolor. Mi hermano me había recostado contra la rueda del coche, al que para mi sorpresa habíamos vuelto —debía de haber corrido llevándome en sus brazos. Las primeras luces del alba asomaban en el horizonte; un viento helado me azotaba el rostro y me devolvía un poco de vitalidad.

— ¿Hemos acabado con... la cosa? grazné mientras él me tendía una taza de agua y un comprimido blanco que había sacado del interior del Jeep.

Asintió al tiempo que me miraba pensativo.

— Esta vez he tenido verdadero miedo. Tú no estabas totalmente dentro de lo Invisible, pero era como si estuvieras presente y distante al mismo tiempo.

— Entonces, ¿cómo lo has sabido?

— Le he oído gritar, respondió estremecido. Quizá porque usabas una parte de mi energía, he podido notar lo que tú sentías.

Ahora fui yo el que asintió y me quede tan sorprendido como él cuando alargué el brazo y lo pasé alrededor de sus hombros. Necesitaba sentirlo vivo y tuve que admitir que yo había temido más por su seguridad que por la mía. Nos quedamos un buen rato en silencio, tanto de palabra como de pensamiento. A esa distancia, no podíamos verla, pero éramos conscientes de la presencia abrumadora de la fábrica: semejante monstruo, que vomitaba tanto veneno, no debía existir en estos sitios.

Los habitantes de Bargny tendrían que cuidar a los hijos perdidos por sus propios medios; nosotros ya no podíamos hacer nada más. Pero eran duros, al igual que sus tierras, y sabía que se defenderían bien.

Sin embargo, este lugar seguiría sufriendo mientras que la industria fuera un pasadizo para la codicia de los hombres. Me seguía preocupando la niña de ojos negros: ¿no se transformaría en otra cosa, a imagen de lo que acabábamos de combatir? Ahora que la falla se había abierto, tendríamos que permanecer vigilantes, en el plano visible e invisible.

Expulsé el aire de mis pulmones y cerré los ojos. Una leve sonrisa se formó en mi boca. Habíamos ganado una batalla, lo que nos esperaba ya no me asustaba.

Con Mansur a mi lado, estaba dispuesto a afrontar todo lo que iba a surgir del lodo negro.

FIN